

## CAPITULO XCIII.

Guerra en América.—Ataque á Cartagena de Indias.—Derrota de los ingleses allí y despues en la Isla de Cuba.—Pérdidas de Inglaterra.  
Sucesos de Italia.—Matrimonio de Carlos de Nápoles.—Recibe la investidura del Papa.

Las potencias de Europa se limitaron á ser espectadoras neutrales de aquella lucha que, sin causar á España mucho daño, consumía las fuerzas de Inglaterra.

Tratóse de formar en la península española tres campos, uno delante de Gibraltar, bajo la dirección del duque de Montemar; otro en Cataluña, que tenía á Mahon por objetivo, á las órdenes del conde de Mari, y el tercero en Galicia, á las del duque Ormond, para intentar un desembarco en Irlanda.

Alarmados los ingleses con estos planes, formaron el de enviar una flota para quemar los navíos surtos en el Ferrol. Encargóse de esta empresa el caballero Juan Norris, acompañándole voluntariamente el duque de Cumberland.

Vientos contrarios y otros accidentes de mar desbarataron la expedición, y frustraron las esperanzas que se habían concebido.

Así pudo salir sin cuidado una escuadra española para América, mandada por Pizarro, uno de los descendientes del gran conquistador del Perú.

Habiendo fallado á los ingleses su empresa contra Galicia, enviaron luego una gran escuadra compuesta de veintinueve navíos de línea y otras tantas fragatas, con nueve mil hombres de desembarco á las Indias Occidentales, objeto preferente de su codicia y su anhelo. Esta escuadra debía incorporarse á la de Vernon. Casi al mismo tiempo el comodoro Auson salió con otra escuadrilla para cruzar las costas de Chile y el Perú.

Hacia mucho tiempo que no se había visto salir de los puertos de Inglaterra una armada tan numerosa y bien provista; lleno de las más lisonjeras esperanzas quedaba el reino; pensábase nada menos que en incomunicar á España con el Nuevo Mundo, y reducir á términos más pacíficos y humildes, privándola de los tesoros de América. Pero aquella nación, que tanto solía criticar la lentitud española, anduvo tan lenta en sus preparativos, que dejó pasar la buena estación y dió tiempo á los españoles para fortificarse y prepararse para la defensa.

La escuadra llegó á las costas de Nueva-España en la época de las lluvias equinocciales, que duran meses enteros, haciendo, si no imposibles, sumamente difíciles las operaciones militares.

Emprendiéronse éstas contra Cartagena, depósito general de todo el comercio de América con la metrópoli; la plaza estaba protegida por muchos fuertes y defendíala el bravo D. Sebastian de Eslava, virey de Nueva-Granada, que supo comunicar su ardor á toda la guarnición.

Tales eran los medios de defensa, que, como dice un historiador inglés, «hubiera podido resistir con ellos á un ejército de cuarenta mil hombres.»

Atacaron los ingleses con arrojo y lograron apoderarse de algunos fuertes avanzados á bastante distancia de la plaza: alentados con esto, desembarcaron nuevas tropas y pusieron sus baterías contra el fuerte de San Lorenzo, que dominaba la ciudad y con cuya pronta rendición se lisonjaban.

Tanto se envaneó Vernon con las pequeñas ventajas conseguidas, que despachó correos á Inglaterra anunciando que pronto sería dueño de la plaza. Esta noticia la acogieron en Londres con extraordinario júbilo; imagináronse ya los ingleses que iban á acabar con el imperio español en América; en su entusiasmo, acuñaron una medalla conmemorativa, que representaba por un lado á Cartagena, y por el otro el busto de Vernon con inscripciones laudatorias para el ilustre vengador del honor nacional.

Aquellas ilusiones tardaron poco en desvanecerse.

Vernon intentó un asalto al fuerte con una columna de mil doscientos hombres escogidos; casi todos fueron víctimas de su mal dirigido arrojo; una salida de los españoles del castillo acabó con los pocos que quedaban.

Este reves aumentó el desacuerdo que ya había entre Vernon y el general de las tropas Wentworth.

Las continuas lluvias desarrollaron una epidemia mortífera, y en muy poco tiempo las tropas inglesas quedaron reducidas á la mitad de su contingente.

Preciso fué abandonar la empresa; destruyeron los fuertes que habían tomado y se retiraron á la Jamaica. Cuando en Londres supieron este desastre se apoderó del pueblo tanta tristeza é indignación, como alegría había sentido en un principio. Todo se volvía acusar al ministerio que había aconsejado la guerra, así como ántes acusaban al ministro que estuvo por la paz.

Auson, entre tanto, con muchas dificultades, pudo doblar el cabo de Hornos, la isla de Juan Fernández y la costa de Chile, cuyos habitantes puso en consternación, apoderándose de la ciudad de Payta, que durante tres días entregó al saqueo y al incendio.

Despues, haciendo rumbo hacia Panamá en busca de los bajeles que conducían á España los tesoros de las Indias, tras una larga navegación, consiguió dar caza al galeon español *Nuestra Señora de Covadonga*, que apresó con su rico cargamento, que se evaluó en trescientas trece mil libras esterlinas, la más rica de las presas que entró en los puertos británicos, pero también la única pérdida importante que entonces sufrió España.

Otras tentativas de los ingleses en las costas del Nuevo Mundo

no dieron ningun resultado lisonjero para ellos, ya á causa de las discordias que había entre sus jefes y la inclemencia del clima, ya por las oportunas precauciones que tomaron los españoles.

Vernon quería de algun modo reparar el desastre y el descrédito que consiguió en lo de Cartagena, y á este fin, con el resto de sus navíos y de sus mermadas tropas, con un cuerpo de mil negros que sacó de la Jamaica, concibió la idea de apoderarse de la Isla de Cuba; con este designio hizo rumbo á la Antilla española.

No tardó en convencerse, tras algunas inútiles tentativas, que no tenía fuerzas para ello.

Celebró consejo de guerra, y con harto sentimiento por su parte, tuvo que conformarse con la decision de los oficiales de retirarse con pérdida de mil ochocientos hombres.

Este fin tuvo aquel ejército y aquella escuadra que, cuando salió de los puertos británicos, dejó al pueblo inglés gozándose en la esperanza de arrancar á los españoles el dominio de América.

Cuando regresó Vernon á la madre patria no llevaba sino unas pocas navíos y algunos soldados desfallecidos. Con ello aumentó el descontento público, y sin ningun rebozo se emitieron las más duras quejas contra el Gobierno.

Este resultado dieron las guerras marítimas entre España é Inglaterra.

Tindal hizo un cálculo de que se habían sacrificado por lo ménos veinte mil hombres en aquellas desgraciadas empresas; y Marlés supone que los españoles capturaron en todo el tiempo que duró hasta cuatrocientos siete barcos ingleses.

Ni la guerra con Inglaterra, ni los asuntos interiores del reino, de que oportunamente daremos cuenta, fueron suficientes para hacer apartar á Felipe V su vista de Italia, y áun mucho ménos á la reina Isabel, que fija siempre su mente en aquellos países, despues de haber logrado un vasto reino para el primero de sus hijos, no desistía ni descansaba hasta ver si hacía señor de algunos de aquellos estados á D. Felipe, su segundo hijo.

Uno de sus primeros cuidados fué la eleccion de esposa para el rey de Nápoles.

Fijóse primero en una archiduquesa de Austria, con objeto de evitar por este medio ulteriores disturbios con el Emperador; mas como esto fuera imposible, pensóse luego en la princesa María Amalia de Sajonia, hija del elector Augusto III, rey ya de Polonia.

Encargóse la negociacion de este enlace al conde de Fuencalra, embajador de España en Viena, el cual desempeñó su comision cumplida y felizmente.

Concertadas las bodas con satisfaccion de los interesados y celebradas por poder en Dresde el 9 de mayo de 1738, la nueva reina de Nápoles se puso en camino, y tuvo el placer de verse durante todo su viaje objeto de las más cariñosas demostraciones de afecto.

No quedó atras el Pontífice en aquellas pruebas de cariño, pues además de varios ricos presentes con que la obsequió, hizo que doce príncipes de la Iglesia, con una espléndida comitiva, salieran á las fronteras de sus Estados á cumplimentarla.

Con un brillante acompañamiento, en que se veía lo mejor y más florido de la nobleza del reino, esperábala el rey Carlos en la frontera, y reunidos los dos esposos hicieron su entrada pública y solemne en la capital el 3 de julio de 1738, siendo recibidos por sus habitantes con una alegría tan extremada como natural, al ver que tenían en su seno reyes propios, despues de tan largo tiempo como habían estado sometidos al gobierno de vireyes, ya españoles, ya alemanes.

Además de esto, las prendas físicas y morales de los dos jóvenes esposos, además de la dulce condicion de su carácter, bastaban para granjearse las simpatías de todos los que conseguían el placer de verles, y aún más si tenían ocasion de conocer su afable trato.

Otra satisfaccion esperaba al rey Carlos en aquellos días.

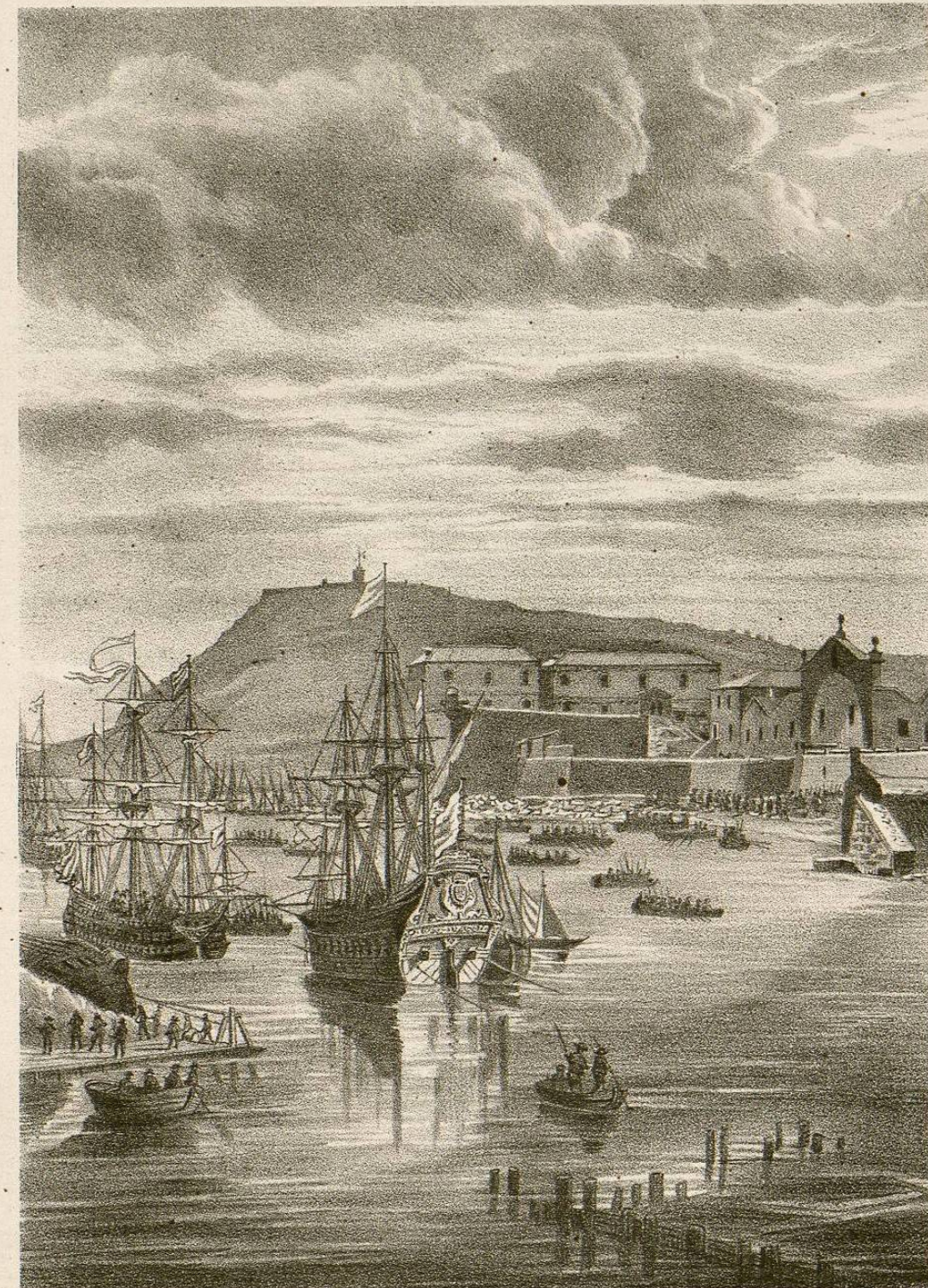
El Pontífice, no obstante las pasadas disidencias entre los dos, á instancia de Felipe de España, resolvió darle la investidura del reino; acto que se hizo con las debidas formalidades, extendiéndose un acta, que firmaron todos los cardenales, y que recibió el de Aquaviva en nombre del Rey.

No faltó en dicha acta, que se extendió el 12 de marzo de 1738, la acostumbrada condicion de que ningun rey de Nápoles pudiera ser emperador.

Como consecuencia de este paso, dado con tanta felicidad sin necesidad de grandes gestiones diplomáticas, se verificó por fin la gran ceremonia de la presentacion de la hacanea, que en otro tiempo había dado motivo para tantas disputas, y el Papa dió la orden al nuncio, Mons. Simonetti, que hacía mucho tiempo estaba retirado en Nola, para que volviese á Nápoles y ejerciese las funciones de su cargo.

De este modo volvieron á reanudarse las relaciones más cordiales, años había interrumpidas entre la corte de las Dos Sicilias y la corte romana.

El príncipe español, siguiendo la antigua costumbre de todos los reinos, al recibir la investidura tomó el nombre de Carlos VII, como que era el séptimo de los de su nombre que habían ocupado el trono de las Dos Sicilias.



EMBÁRCASE EN BARCELONA EL EJÉRCITO DESTINADO Á LOMBARDIA.

Riera, editor. Barcelona. Robador. 24 y 26.

## CAPITULO XCIV.

Matrimonio del infante D. Felipe.—Muerte del emperador de Alemania y cuestion de sucesion.—Derechos que alegaba España.—Alianzas y guerras de sucesion al Imperio.—María Teresa.—Designios de los monarcas españoles.—Expedicion á Italia.—Montemar y el ministro Campillo.—Marcha de otra expedicion y causas de malograrse la empresa.

Sin que nadie pudiera comprender el móvil que le impulsaba, hacía Felipe V reforzar las plazas de Porto-Ercole, Orbitello y otras de la costa de Italia; cosa que no dejó de causar recelos al Emperador y á otros soberanos, suponiendo en la reina de España, en cuyas manos sabían que estaban los resortes del gobierno de la monarquía, proyectos ulteriores sobre los ducados de Parma, Plasencia y Toscana, para su hijo Felipe. Negociábase ya entonces el matrimonio de este Príncipe con Luisa Isabel, primogénita de Luis XV de Francia; matrimonio que se llevó á efecto al año siguiente, celebrándose los desposorios en París el 26 de agosto de 1739; la Princesa vino á España dos meses después.

Los padres de Felipe salieron á recibirla á Alcalá, y entró en Madrid el 27 de octubre. Tenía entonces la Princesa tan sólo doce años.

Aunque Felipe V, instado por las potencias, y muy principalmente por el Rey su sobrino, con quien acababa de concertar este nuevo lazo de union, se adhirió por fin en julio de 1739 al tratado de Viena, que parecía acabar ya todo género de disputa y hostilidad con el Emperador, la Reina no cejaba en sus antiguos propósitos.

El 6 de febrero de 1740 ocurrió la muerte del papa Clemente XII, que no dejó de contrariarles porque contaba con su apoyo; y Próspero Lambertini, que le sucedió con el nombre de Benito XIV, no era hombre dado á meterse en negocios mundanos, y de él no se prometía que quisiera entrar en sus designios.

Cuando Isabel de Farnesio revolvía en su ánimo este pensamiento que tanto la preocupaba, aconteció la muerte del emperador Carlos VI el 20 de octubre de 1740; extinguiéndose con él la línea varonil de la casa de Austria, que había estado más de trescientos años dando emperadores á Alemania.

Este acontecimiento, que se suponía había de causar una conmocion general y grandes alteraciones en Europa, ofreció á la reina de España una lisonjera perspectiva para la realizacion del proyecto que tanto halagaba su ambicion.

Por lo pronto desaparecía el mayor obstáculo que para ello había encontrado siempre; y mucho esperaba tambien de la confusion que empezaron luego á producir las pretensiones de los muchos príncipes que aspiraban á ocupar el trono imperial vacante, á pesar del indisputable derecho de su hija mayor María Teresa, reina de Hungría y gran duquesa de Toscana.

Se contaban entre los pretendientes á la corona imperial el elector de Baviera, único que no había firmado la pragmática-sanccion de Carlos VI, en virtud de la cual había asegurado la sucesion en su hija María Teresa, el Palatino, el rey de Polonia, el de Prusia, el de Francia y el de España.

Derivaba Felipe V sus derechos á los estados de Austria, de los convenios de familia celebrados entre el emperador Carlos V y su hermano Fernando, segun los cuales, la posesion de aquellos estados era revertible á la raza primogénita en el caso de extincion de la línea masculina, y en este sentido mandó al conde de Montijo, embajador á la sazón en Viena, hacer una protesta que se presentó tambien á la Dieta germánica.

Pretendía ademas tener derechos á los reinos de Hungría y de Bohemia, como descendiente de varias princesas austríacas que se habían casado con reyes de España.

El rey de Polonia, elector de Sajonia, sobrino del Emperador difunto y suegro del rey de Nápoles, era el que podía haber disputado sus derechos mejor que otro alguno, pero conocía que había de tener contra sí todas las potencias de Europa, interesadas en impedir la reunion de tantos y tan poderosos estados en un solo príncipe, y así, más adelante, se decidió por ser aliado en vez de enemigo de María Teresa.

Igual conviccion tenía Felipe V de España, que, por otra parte, se hallaba todavía en guerra con los ingleses; pero conveníale presentar sus pretensiones para distraer y ocupar á los demas príncipes, y con el propósito de aprovecharse de aquella confusion para ver de hacer un reino en Italia á su hijo Felipe.

Lo que hizo fué apoyar secretamente, de acuerdo con Francia, la pretension del de Baviera, en tanto que provocaba un rompimiento que debilitara y distrajera el poder del Austria. No tardaron en verse cumplidos sus deseos.

Anticipóse á todos, en sustituir el empleo de las armas al de las protestas, memorias y manifiestos que hasta entonces se habían cruzado, el rey de Prusia, ocupando con veinte mil hombres la Silesia.

Obligó esta invasion á María Teresa de Austria á retirar una gran parte de sus tropas del Milanesado. Buena ocasion para los reyes de España, que tenían puestas sus miras sobre Milan; pero ocultando mañosamente estos designios, acertaron á comprometer con halagüeñas promesas al mismo rey de Cerdeña, Carlos Manuel, á que entrara en una confederacion con Francia, España, Prusia y el elector de Baviera contra María Teresa de Austria, el 18 de mayo de 1741.

El plan que los monarcas españoles adoptaron para llevar la guerra á Italia, había sido trazado por el duque de Montemar,

que había de ser tambien el encargado de su ejecucion; y venía bien para este objeto la fortificacion de algunas plazas de la costa italiana que hacía años se había dispuesto hiciese el rey de Nápoles.

Preparóse, pues, un ejército y una escuadra española que había de pasar á Italia, sin desatender por otra parte á lo de América, que se defendía contra los ingleses.

El duque de Montemar salió de Madrid para Barcelona el 9 de octubre de 1741, de donde había de partir la expedicion. Pero allí recibió orden del Rey para que ejecutara un nuevo plan de campaña que le enviaba, enteramente opuesto al que él había propuesto y había sido aprobado.

Aunque comprendió el ilustre general que el nuevo plan era de todo punto inconveniente, que de seguirle se iba á desgraciar la empresa y á perder él su reputacion, fuéle sin embargo forzado obedecer.

El plan era, en efecto, del ministro D. José del Campillo, que acababa de reemplazar al marqués de Villarias, y había sido encargado de los departamentos de Marina, Hacienda y Guerra.

Este ministro, envidioso sin duda de las glorias del Montemar, no dió cuenta al Rey de tres representaciones que le dirigió haciéndole ver los inconvenientes del nuevo plan, así como la falta completa en que se veía de dinero y de provisiones para su tropa. Nada fué oído, y se le repitieron órdenes expresas para que acelerara la partida.

Partió, pues, la escuadra de Barcelona el 4 de noviembre de 1741 con diez y nueve batallones y muy poca caballería, y al día siguiente emprendió Montemar su viaje por tierra; el 11 de diciembre llegó á Orbitello, punto designado por el ministro para la reunion de los ejércitos de España y Nápoles, y donde ya encontró algunas embarcaciones, que, merced á la proteccion de una flota francesa que había partido de Tolon con este fin, no fueron apresadas por la escuadra inglesa de Haddock, que había ido dándoles caza, dispersas las otras por los vientos y detenidas en las costas de Francia y Génova.

La escasa caballería que iba había padecido mucho en la embarcacion, y su jefe, D. Jaime de Silva, tuvo que buscar dinero sobre su palabra para mantenerla. La infantería, alojada en cuarteles húmedos y estrechos, contrajo muchas enfermedades, siendo lo peor que no había medio de prestarles los necesarios socorros, y esto producía desaliento y desercion en las tropas. De modo que se malograron los principios de una campaña que hubiera podido dar felices resultados á haberse seguido el plan de Montemar; de todo lo cual se culpaba al ministro Campillo, á quien se suponía la siniestra intencion de desacreditar aquel general ilustre, y hacerle caer de la gracia del Rey, sin mirar los daños que con su conducta envidiosa podía causar á su patria.

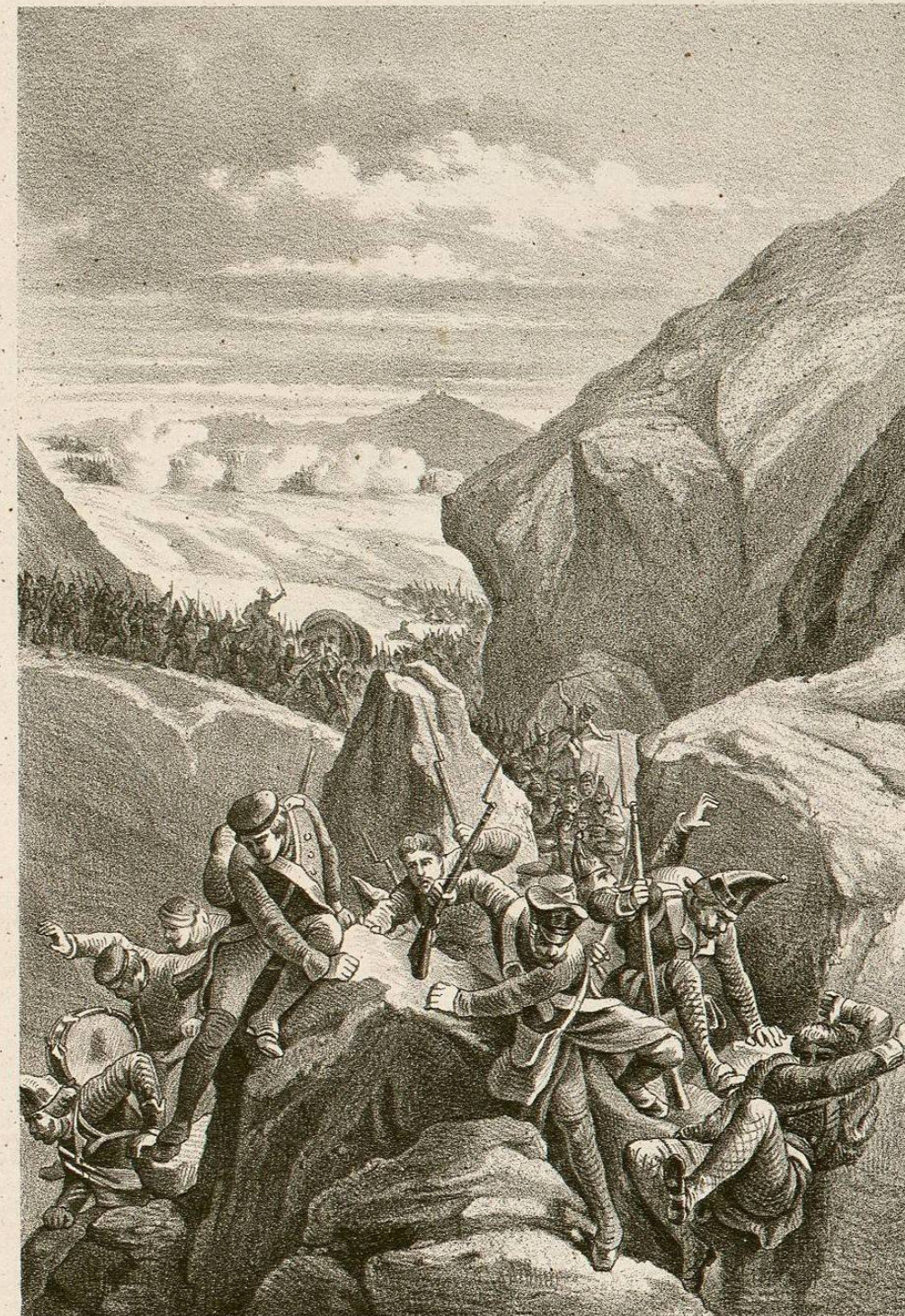
Todos los elementos con que se había contado para esta empresa se habían presentado favorables, y todo concurrió después á malograrla.

Libre el paso para las tropas españolas por la república de Génova y á los napolitanos por el territorio pontificio, pudo en poco tiempo llevarse un ejército poderoso al corazon de Italia. El rey de Cerdeña no era entonces hostil; Francia prometía la neutralidad de Toscana; un ejército francés, á las órdenes del infante don Felipe, debía pasar á Italia; los austríacos, acometidos en el Norte por prusianos y franceses, apenas tenían en Milan la gente necesaria para las guarniciones. Con actividad y buena direccion hubiera podido el de Montemar apoderarse brevemente del Milanesado. Pero todo fué lentitud y desconcierto. Para moverse Montemar de Orbitello tuvo que escribir al cardenal Aquaviva que con toda diligencia le buscara algun dinero con que poderse poner en marcha, y con mucho trabajo pudo el Cardenal proporcionarle diez y ocho mil pesos, que le remitió.

Las tropas que se embarcaron en el segundo convoy, que partió de Barcelona el 13 de enero de 1742, en diez y ocho navios al mando de D. José Navarro, no iban mejor abastecidas que las primeras; apenas llevaban lo absolutamente indispensable para su manutencion; ademas una borrasca esparció las naves, las obligó á abrigarse en las islas de Hieres, y después á dar fondo en el puerto de Spezzia. Allí tuvieron que detenerse las tropas cerca de un mes por falta de provisiones sin poderse juntar con las de Montemar y las de Nápoles, que se habían trasladado á Pésaro, y sin poder concurrir don Jaime de Silva con su caballería, aún no bien restablecido en Génova de sus padecimientos.

Estas dilaciones dieron lugar á que el rey de Cerdeña se aperciñera de los proyectos de la corte de España sobre el Milanesado, y á que, aprovechándose de la mediacion de Inglaterra, hiciera un arreglo con María Teresa de Austria para evitar el establecimiento de los españoles en Lombardia, único modo de preservar sus estados.

Aquel astuto Monarca sorprendió á las cortes de Madrid y Paris, á las cuales había estado entreteniéndolo, cuando publicó su alianza con la de Austria y sus pretensiones al Milanesado, y puso en movimiento sus tropas para impedir que avanzaran las españolas.



J. SIERRA LIT.

LIT. VIDAL, OLMO, 27.

BATALLA DE CAMPO-SANTO.